

El Prado al rescate de Maíno

Miguel de Santiago

arte

El Museo del Prado ha rescatado del olvido a un gran pintor, el dominico Juan Bautista Maíno, que, paradójicamente, ya ocupaba las salas de la primera pinacoteca española. Aunque con poca producción artística, ahora, en la exposición «Juan Bautista Maíno (1581-1649). Un maestro por descubrir», pueden ser contempladas sus obras, hasta el 17 de enero de 2010, junto a piezas de otros grandes autores contemporáneos suyos. De este modo se facilita una contemplación y un estudio comparativo que permite entender mejor a aquel excelente pintor dominico del Siglo de Oro.

El director del Museo del Prado, Miguel Zugaza, ha dicho muy expresivamente que Maíno es una habitación oscura de nuestra historia y que, aunque no se prodigó mucho, acreditaba una técnica tan sofisticada como elegante. En efecto, no han gozado de suficiente atención las piezas valiosas que encierra. Y es llegada la hora de facilitar la contemplación de su escasa, aunque importante, producción artística, pues resulta demasiado injusto el olvido en que ha sido tenido este pintor que resulta ser uno de los más significativos de la primera mitad del siglo XVII. Se le atribuyen con casi absoluta certeza cuarenta obras, si bien hay que tener en cuenta que sólo siete están firmadas por el autor.

En la exposición se exhiben 37 piezas de Maíno, muchas de las cuales aparecen debidamente contextualizadas con otras 26, firmadas por pintores contemporáneos suyos, para establecer el correspondiente «diálogo», práctica que se ha puesto de moda en los últimos

durante su estancia italiana

Juan Bautista Maíno

aprendió el revolucionario

naturalismo de Caravaggio

y el clasicismo italiano

de Carracci y la escuela

boloñesa; además adquirió

técnicas que utilizaría

con acierto a la hora

de impregnar de colorido

las escenas y de configurar

los retratos de los

personajes que las pueblan

años con gran acierto. A este rescate han contribuido la comisaria de la muestra, Leticia Ruiz, y el director adjunto de Conservación del Museo del Prado, Gabriele Finaldi; cabe también citar a otros dos colaboradores del catálogo, como la investigadora María Cruz de Carlos, el profesor Fernando Marías y autores de las fichas ca-

talográficas como, aparte de los citados, José Milicua, Alfonso G. de Ceballos, Margarita Cuyás y Javier Docampo.

Quizá contribuyeron al olvido de Juan Bautista Maíno una serie de circunstancias concurrentes. En primer lugar, la escasa relación de obras y el dato ya apuntado de que, por lo general, no llevan estampada la firma del autor. En segundo lugar, el hecho de que, durante mucho tiempo, se ignoraran, no sus orígenes, sino su lugar de nacimiento: su padre era italiano, su madre portuguesa, una abuela francesa; mucho tiempo después –hace apenas medio siglo– se sabría que había nacido en Pastrana, en la provincia de Guadalajara, donde sus padres servían a la princesa de Éboli como comerciantes de sedas, pero que fue llevado a Italia y traído a Madrid en sus años de adolescencia para marchar nuevamente a Roma. Esta vida demasiado errante para aquellos tiempos hizo que ni los italianos lo consideraran como suyo ni tampoco los españoles; de este modo se convertiría en una especie de «juan-sin-tierra», del que se perdería la pista en el siglo XIX.

Durante su estancia italiana Juan Bautista Maíno aprendió el revolucionario naturalismo de Caravaggio y el clasicismo italiano de

Carracci y la escuela boloñesa; además adquirió técnicas que utilizaría con acierto a la hora de impregnar de colorido las escenas y de configurar los retratos de los personajes que las pueblan. Lo que está claro es que Maíno fue tenido en gran consideración por sus contemporáneos. De hecho tuvo ciertos privilegios en la corte del rey Felipe III, quien en 1620 lo eligió como profesor de dibujo de su hijo Felipe IV. Se atribuye a Maíno su decisiva influencia ante su discípulo, el mencionado rey, para que el sevillano Diego Velázquez fuera pintor de palacio.

El retablo del Convento de San Pedro Mártir de Toledo, obra maestra

Juan Bautista Maíno –uno de los más eminentes pintores de su tiempo, al decir de Antonio Palomino en *El Parnaso español*, escrito en 1724– poseía una gran formación humanística, artística y teológica, como miembro de la Orden de Predicadores. Ingresó en la vida religiosa en el verano de 1613, con treinta y dos años, si bien a partir de entonces su trabajo artístico pasó a un segundo plano o, al menos, se ralentizó. La vocación religiosa le vino mientras pintaba el gran retablo del Convento de San Pedro Mártir de Toledo, que le

había sido encargado por los dominicos el año anterior. Es su gran obra y, por supuesto, aparece en la muestra del Museo del Prado con especial protagonismo y con el oportuno «diálogo».

Un plano reproduce la estructura original del retablo. Vemos, sin embargo, que no se muestran juntas todas las diez escenas del mismo, debido fundamentalmen-

los cuatro cuadros más importantes son los que por temática representan las cuatro Pascuas de Cristo: «La Adoración de los pastores», «La Adoración de los Reyes Magos», «La Resurrección» y «Pentecostés»

te al espacio expositivo, condicionado por los «diálogos» establecidos y por el diferente formato o dimensión de los cuadros. Es decir, más que exponer juntas las piezas del retablo del Convento de San Pedro Mártir, se ha procurado agrupar las obras en torno a otros denominadores comunes como los paisajes, los retratos, los santos, etc.

La predela del retablo estaría compuesta por dos cuadros apaisados: «San Juan Bautista en un paisaje» y «San Juan Evangelista en Patmos». El primero presenta una visión arcádica del paisaje con el Bautista sentado, y junto a él el cordero, en una apacible ribera, bordeada de matorrales, que se reflejan en las aguas tranquilas del río; el segundo nos muestra al

*esta Adoración de los
Magos es quizá el cuadro
más logrado por la
disposición de la luz
y el color, la cordialidad y
emotividad que transmiten
los personajes que lo
pueblan: el Niño, María,
José, los tres reyes, dos pajes
y un peregrino, situado
detrás del rey Baltasar, que
probablemente es un
autorretrato de Maíno*

autor del Apocalipsis redactando su obra mientras apoya el libro sobre sus piernas cruzadas. La obra que aquí «dialoga», de Pedro Orrente, también nos lo muestra con las piernas cruzadas y añade el detalle de la Virgen María apa-

reciéndose en el cielo y a la cual se dirige la mirada del santo evangelista.

Antes de centrarnos en los cuatro grandes cuadros del retablo toledano, continuemos con otras de pequeñas dimensiones, ahora las colocadas en la parte superior: están dedicadas a cuatro santos, Domingo de Guzmán y Catalina de Siena, de especial devoción en los conventos dominicanos, y los penitentes Antonio Abad y Magdalena. Por el hecho de estar concebidos para que el ojo humano los contemple desde el lugar de los fieles en el templo se advierte cierta desproporción justificada o efectismo en las formas. Santo Domingo –que, según algunos, podría encerrar rasgos de autorretrato– lleva los atributos de predicador y varón erudito con libro y pluma en sus manos; Santa Catalina, coronada de espinas, es la mujer orante y sacrificada. Si bien estos dos santos representativos de la devoción en los conventos de la Orden de Predicadores entrarían dentro del grupo de retratos realizados por el pintor, tenemos también otros dos cuadros del mismo retablo toledano dedicados a santos en un paisaje, como son San Antonio Abad y Santa Magdalena penitente. El santo varón eremita aparece meditativo en medio de una luz de atardecer con prodigio-

El Prado al rescate de Maíno

tos toques sutiles y miniaturistas; la mujer penitente de los relatos evangélicos también presenta un delicado rostro adolescente muy bien iluminado ante la gruta de Sainte-Baume. Este cuadro tiene un «diálogo» fundamental con otro que dedica al mismo tema Anibale Carracci.

Los cuatro cuadros más importantes son los que por temática representan las cuatro Pascuas de Cristo, pensadas para ocupar las dos calles laterales de los dos pisos del retablo: «La Adoración de los pastores», «La Adoración de los Reyes Magos», «La Resurrección» y «Pentecostés». Estas obras maestras tienen dimensiones exageradas: 315 × 174 cm. La complejidad narrativa con multitud de personajes, ángeles incluidos, y detalles está resuelta con una plasmación realista contundente; incluso se ve el vaho del buey que da calor al Niño Jesús en el portal de Belén. Un fragmento de «La Adoración de los Reyes Magos» ha sido tomado para formar el cartel oficial de esta exposición titulada *Juan Bautista Maíno (1581-1649). Un maestro por descubrir*. Esta Adoración de los Magos es quizá el cuadro más logrado por la disposición de la luz y el color, la cordialidad y emotividad que transmiten los personajes que lo pueblan: el Niño, María, José, los tres reyes, dos

pajes y un peregrino, situado detrás del rey Baltasar, que probablemente es un autorretrato de Maíno. En suma, «un auténtico placer para la retina», en opinión del profesor Diego Angulo. Así como en este cuadro aparecen reflejados el

*Maíno tuvo una gracia
especial en hacer retratos,
que a más de hacerlos tan
parecidos los dejaba con
tan grande amor, dulzura
y belleza que, aunque fuese
la persona fea, sin
defraudar a lo parecido
añadía cierta hermosura*

lujo y exotismo de los reyes, que contrastan con la austeridad de los atuendos de los pastores en el cuadro antes mencionado, vuelve a destacar la minuciosidad de los detalles de tejidos y armaduras de los cuatro soldados que velan el sepulcro en «La Resurrección». Destacan los colores, siempre los mismos, de María: su rostro blanco, rojo su vestido y azul su túnica. El parentesco con algunas pinturas de El Greco, Velázquez, Tristán, Reni, Caravaggio, Cavarozzi, Gentileschi, Núñez del Valle, está puesto de relieve al incluir en la

muestra obras en las que se abordan los mismos temas.

Si nos detenemos en los cuadros que dedica Maíno a Pentecostés, vemos que el perteneciente al retablo del Convento de San Pedro Mártir coloca a María en una posición descentralizada de la escena

*de las cuarenta obras
que se atribuyen a Maíno,
siete de ellas son de
atribución reciente;
en la exposición del Museo
del Prado se ofrecen por
orden cronológico y están
organizadas en torno a ocho
secciones o ámbitos
temáticos*

hasta el punto de ceder el protagonismo a Magdalena como si ésta fuera un apóstol más, mientras el evangelista (que no apóstol) Lucas levanta acta y redacta los Hechos. Por supuesto tienen relevancia las lenguas de fuego que caen desde la paloma que representa al Espíritu Santo. Pero es aún más perfecto, a nuestro entender, el cuadro de «Pentecostés» que Maíno pintó para los carmelitas descalzos de Toledo, hoy pertenecien-

te a las colecciones del Museo del Prado y depositado en la iglesia de los Jerónimos de Madrid, con un estilo italianizante, en el que los apóstoles, y Magdalena que también forma parte del grupo, están equilibradamente colocados en torno a María mientras reciben la prodigiosa lluvia de lenguas de fuego que cae sobre todos.

Retratos, santos

El pintor y tratadista Jusepe Martínez dejó escrito que «Maíno tuvo una gracia especial en hacer retratos, que a más de hacerlos tan parecidos los dejaba con tan grande amor, dulzura y belleza que, aunque fuese la persona fea, sin defraudar a lo parecido añadía cierta hermosura».

Tanto en «Retrato de caballero», óleo sobre lienzo pintado entre 1613 y 1618, perteneciente al Museo del Prado, como en «Caballero español», óleo sobre cobre, Maíno sigue las fórmulas de El Greco (cuyo «Retrato de un caballero desconocido» es puesto aquí en «diálogo») y de Francisco Pacheco (cuyo retrato de «Diego Velázquez» también «dialoga»), al lograr pinceladas pequeñas y precisas para moldear suavemente las facciones del personaje.

«Santo Domingo in Soriano» es una de muchas versiones que son frecuentes en esta iconografía que presenta a la Virgen, a María Magdalena y a Santa Catalina de Alejandría mostrando a un lego dominico del convento de Soriano, localidad italiana cercana a Viterbo, la efigie del fundador de la Orden de Predicadores. [Me permito recordar que, llegado este tema, se podría haber traído a «dialogar» el gran cuadro del pintor de la escuela vallisoletana Diego Valentín Díaz, perteneciente a mi parroquia natal de Fuentes de Nava, en la provincia de Palencia, fechado en 1647, u otros también dedicados al mismo tema por Zurbarán, Pereda, Cano y Castillo.]

«San Pedro arrepentido» es otro de los retratos prodigiosos que podemos contemplar. Éste «dialoga» con el de Luis Tristán, perteneciente al Patrimonio Nacional en el Palacio Real. En ambos el apóstol Pedro aparece cabizbajo, con las piernas cruzadas, las manos entrelazadas sobre las rodillas, una llave caída junto a sus pies y un gallo cantando sobre su cabeza.

Hay otros retratos realizados por Juan Bautista Maíno con pincelada precisa y no menos contundencia, como el de «Fray Alonso de Santo Tomás», que era hijo natural del rey Felipe IV, como el de un carmelita (quizá San Agabo), co-

mo el de «San Jacinto», como la «Conversión de San Pablo» o «El arzobispo don José de Melo» (éste quizá demasiado rígido y arcaizante).

Profunda espiritualidad

De las cuarenta obras que se atribuyen a Maíno, siete de ellas son de atribución reciente. En la exposición del Museo del Prado se

*todas y cada una de las
obras expuestas son piezas
significativas, en las cuales
aparecen aunadas con
absoluta intensidad las
cualidades del artista en lo
que se refiere al vigoroso
dibujo naturalista, al
colorido, a sus cualidades
como paisajista y como
retratista, todo teñido de
profunda espiritualidad*

ofrecen por orden cronológico y están organizadas en torno a ocho secciones o ámbitos temáticos: sus primeras composiciones para el retablo de su villa natal de Pastrana, obras de pequeño formato,

paisajes, el retablo de San Pedro Mártir, retratos, obras de gran formato, santos y una obra emblemática como «La recuperación de Bahía de Brasil», que fue realizada en 1634-1635 para decorar el Salón de Reinos del Palacio del Buen Retiro de Madrid. Capítulo aparte merece esta última obra, pues la simple contemplación de la misma ya nos advierte que se trata de algo especial: sus grandísimas dimensiones (309 × 381 cm.), una pincelada poco densa como destinada a un mural, la complejidad de planos en la escena... Aquí el «diálogo» se establece con «La conquista de San Salvador» de Andries van Eertvelt.

El recorrido por las Salas A y B de la planta 0 del edificio de los Jerónimos del Museo del Prado nos permite contemplar una pintura llena de espiritualidad. Todas y cada una de las obras expuestas, sobre todo de los cuatro grandes lienzos correspondientes al «Retablo de San Pedro Mártir» del convento toledano de los dominicos, son piezas significativas, en las cuales aparecen aunadas con absoluta intensidad las cualidades del artista en lo que se refiere al vigo-

roso dibujo naturalista, al colorido, a sus cualidades como paisajista y como retratista. Todo, repetimos, teñido de profunda espiritualidad.

Se ha querido que esta exposición –la primera monográfica dedicada a Juan Bautista Maíno– tuviera un cierto tono didáctico al poner en «diálogo», como ya hemos apuntado, la obra de Maíno con la de otros artistas contemporáneos, una especie de compañeros de viaje, como Diego Velázquez, Luis Tristán, Pedro Orrente, Antonio Lanchares, Bartolomé González, Pedro Núñez del Valle, El Greco, Caravaggio, Guido Reni, Bartolomeo Cavarozzi, Orazio Gentileschi, Adam Elsheimer, Carlo Saraceni... De ahí que la exposición *Juan Bautista Maíno (1581-1649). Un maestro por descubrir* permita contemplar la confluencia de estilos y de aportaciones a la pintura del siglo XVII: paisajes muy bien descritos, monumentalidad escultórica de las figuras, iluminación contrastada e intensa de la escena, colores vivos, con profusión de amarillos, ocre, azules cobalto y bermellones, paisajes con minuciosa descripción botánica que le sitúa muy cerca de los pintores flamencos. ■